

Solo para esposas

*Tres principios para
honrar a su esposo*

Tony Evans



La misión de Editorial Portavoz consiste en proporcionar productos de calidad —con integridad y excelencia—, desde una perspectiva bíblica y confiable, que animen a las personas a conocer y servir a Jesucristo.

Título del original: *For Married Women Only* © 2010 por Anthony T. Evans y publicado por Moody Publishers, 820 N. LaSalle Boulevard, Chicago, IL 60610. Traducido con permiso.

Edición en castellano: *Solo para esposas* © 2011 por Editorial Portavoz, filial de Kregel Publications, Grand Rapids, Michigan 49501. Todos los derechos reservados.
Traducción: Daniel Menezo

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de esta publicación podrá ser reproducida, almacenada en un sistema de recuperación de datos, o transmitida en cualquier forma o por cualquier medio, sea electrónico, mecánico, fotocopia, grabación o cualquier otro, sin el permiso escrito previo de los editores, con la excepción de citas breves o reseñas.

A menos que se indique lo contrario, todas las citas bíblicas han sido tomadas de la versión Reina-Valera © 1960 Sociedades Bíblicas en América Latina; © renovado 1988 Sociedades Bíblicas Unidas. Utilizado con permiso. Reina-Valera 1960™ es una marca registrada de la American Bible Society, y puede ser usada solamente bajo licencia.

EDITORIAL PORTAVOZ
P.O. Box 2607
Grand Rapids, Michigan 49501 USA
Visítenos en: www.portavoz.com

978-0-8254-1235-6
978-0-8254-0385-9 Kindle
978-0-8254-8479-7 epub

1 2 3 4 5 / 15 14 13 12 11

Impreso en los Estados Unidos de América
Printed in the United States of America

CONTENIDO

1. La capacidad de sumisión	5
2. La dulzura de la seducción	25
3. La santidad de la entrega	45

LA CAPACIDAD DE SUMISIÓN

Se cuenta la historia de dos prisioneros fugados que huían a través de un bosque cuando escucharon a los sabuesos que ladraban a sus espaldas, y se dieron cuenta de que los guardias les pisaban los talones. El primer prisionero se subió a un árbol, intentando despistar a los perros. El segundo decidió hacer lo mismo, y se dirigió corriendo hacia un segundo árbol, al que trepó.

Mientras los dos reos se escondían entre las ramas y escuchaban, los perros se fueron acercando. No pasó mucho tiempo antes de que los tuvieran ladrando al pie del primer árbol donde se había ocultado un prisionero. Como éste pensaba rápido, empezó a cantar: «¡Cu-cú, cu-cú!».

Los guardias apartaron a los sabuesos del árbol diciendo: «¡Venga, vámonos! Solo es un pájaro».

Entonces los guardias llegaron al pie del otro árbol, donde se había ocultado el segundo prisionero. Cuando los perros empezaron a ladrar y a dar saltos bajo el árbol, al reo le entró el pánico. No pensaba tan rápido como el otro fugado, pero había oído

cómo su compañero alejaba a los perros imitando a un pájaro, y decidió que él también tendría que hacer el sonido de un animal. Así que, tras pensar un segundo, hizo: «¡Muuu, muuuu!».

Cuando uno no tiene claro qué se supone que debe hacer, acaba haciendo el sonido equivocado en el peor momento y en el lugar erróneo. Hoy día vemos a matrimonios cristianos que hacen mucho ruido, que se quejan de sus cónyuges y de su vida matrimonial, cuando la verdad es que han olvidado los roles que les marca la Biblia y se sienten confusos sobre lo que se supone que deben hacer. Podríamos decir que mugen cuando deberían trinar.

Quiero que sepa, ya de buen principio, que aunque este librito se centra en el papel de la mujer en el hogar, nada de lo que digamos en él va destinado a excusar a los hombres que no cumplen el papel que Dios les dio como esposos. De hecho, cuando expuse este material sobre el matrimonio en nuestra iglesia de Dallas, empecé dirigiéndome primero a los maridos como aquellos a los que se les ordena asumir el liderazgo, y luego hable a las esposas.

Dado que usted no dispone de ese material, se lo resumiré diciendo que la responsabilidad primordial para la salud del matrimonio recae sobre el marido, no sobre la esposa. Es cierto que hay esposas que no cumplen el rol que les ordena la Biblia, pero eso no cambia el hecho de que a los maridos se les encomienda la responsabilidad primaria de asegurarse de que sus matrimonios funcionen según el designio

de Dios. Y la mejor manera de hacerlo es tomándose en serio su papel como líderes espirituales.

Les digo esto para que no crean que las mujeres deben asumir la carga principal de la responsabilidad para hacer que sus matrimonios funcionen según el designio de Dios. Muchas mujeres dicen que quieren que sus esposos se suban a la plataforma y asuman el liderazgo en el hogar. Desean verse libres de una carga que saben que no están diseñadas para llevar, y a la que renunciarían alegremente si sus esposos la tomaran sobre sus hombros.

Dado que en *Solo para esposos* ya hablamos con detalle de las responsabilidades que tienen los maridos, aquí quiero centrarme en el rol de las mujeres. En realidad, en Efesios 5:33 se resumen los roles de ambos cónyuges: «Por lo demás, cada uno de vosotros ame también a su mujer como a sí mismo, y la mujer respete a su marido».

Al marido se le ordena que ame a su esposa, y ese amor no depende de sus emociones. A una mujer se le ordena que respete a su marido incluso si, desde su punto de vista, éste no se ha ganado su respeto. Pero hay demasiadas mujeres cristianas que siguen en su matrimonio el modelo de la televisión o de sus amigas, en vez del que ofrece la Palabra de Dios.

Muchas mujeres crecieron en hogares monoparentales, y en un entorno matriarcal sobre el que carecían de control. El problema es que han llegado a pensar que así es como se supone que son las cosas. Puesto que mamá era quien dirigía su hogar,

imaginan que, ahora que están casadas, son ellas las que deben dirigir el suyo.

Pero una mujer que intenta hacerse cargo de su matrimonio pisotea el respeto que le debe a su marido según el mandamiento que Dios le ha dado. Muchos hombres hacen un mal papel como maridos, al menos en parte, porque sus esposas no cumplen el estándar que ha marcado Dios.

Por lo tanto, en este librito queremos descubrir qué conlleva el rol bíblico de una mujer, y cuál es el aspecto y la forma de obrar de una mujer cuando cumple su llamado de parte del Señor en relación con su esposo. A lo largo de los tres capítulos siguientes pretendo abordar las siguientes áreas: someterse a su esposo, seducirlo y entregarse a él.

SOMETERSE A SU ESPOSO

Ahora bien, ya sé que cuando muchas mujeres escuchan la temible palabra que empieza por «s» se les dispara la alarma mental, porque el concepto de la sumisión contradice por entero todo lo que nuestra cultura actual enseña, ejemplifica y valora. Pero la Palabra de Dios es la que juzga nuestra cultura, y no al revés.

Uno de los motivos por los que la sumisión es un concepto tan aborrecido es porque se ha malentendido y se ha usado tan mal, a menudo intencionadamente, que pocas personas saben lo que significa. «Sumisión» no es una mala palabra, pero cuando las personas convierten en malas las palabras que son buenas, éstas se vuelven malas aunque no lo sean.

En cierta ocasión me encontraba hablando en una conferencia para hombres de Cumplidores de Promesas mientras unas miembros de la Organización Nacional para las Mujeres (NOW, por sus siglas en inglés) protestaban contra la idea de la sumisión, diciendo que convierte a las mujeres en ciudadanas de segunda clase.

Pero al mismo tiempo que la presidenta de NOW se quejaba de la terrible opresión a la que someten a las mujeres esos cristianos que enseñan la sumisión, escuché cómo llamaba a la vicepresidenta de la organización y le daba instrucciones para que hiciera determinada tarea.

**LOS HOMBRES QUEREMOS
Y NECESITAMOS ESCUCHAR:
«TE RESPETO».**

En otras palabras, la presidenta de NOW pedía a su subordinada que se sometiera a su liderazgo. Las feministas admiten que la sumisión es pertinente en determinados roles, y ellas mismas la practican en ese entorno. Lo único que no quieren es que este concepto del sometimiento se introduzca en el matrimonio, porque insisten en que el matrimonio es una relación totalmente igualitaria en la que nadie ocupa un papel de liderazgo. ¿Lo ve? La sumisión solo es un mal concepto cuando la usamos en un contexto en el que no queremos que aparezca. Pero

es una idea de Dios, de modo que no puede ser mala. De hecho, veremos más adelante que los miembros de la Trinidad se someten los unos a los otros.

El término bíblico «sumisión» significa «alinearse debajo». Es un concepto que implica un acto de la voluntad. En otras palabras, debemos optar por someternos. Quizá la mejor ilustración sea la de una señal de «Ceda el paso» en la carretera. Mientras que la señal de «Stop» significa que hemos de pararnos y ya está, sin preguntas, cuando vemos un «Ceda el paso» hemos de tomar una decisión. Pero ésta tiene determinadas consecuencias.

Si usted cree que puede superar al automóvil que se acerca y apartarse de su trayectoria, quizá decida acelerar cruzando la intersección en lugar de ceder el paso. Pero si lo hace, y choca con el otro vehículo, usted pagará las consecuencias, porque el otro coche tenía derecho a pasar primero. Aunque usted piense que tiene razón, la ley considerará que se ha rebelado contra su normativa.

Lo mismo sucede en la relación de una esposa con su cónyuge. Dios dice a las esposas que se sometan a sus maridos «como al Señor» (Ef. 5:22). Una esposa puede optar por rechazar este mensaje, pero esa decisión la llevará a ella y a su matrimonio en «rumbo de colisión» con los principios de Dios.

Pero lo contrario también es cierto. Cuando nos sometemos obedientes a la Palabra de Dios, le complacemos y abrimos nuestras vidas a sus bendiciones. Creo que ésta es la elección que quiere hacer usted,

de modo que veamos cómo es la sumisión bíblica que complace a Dios.

SOMÉTASE A SU ESPOSO AL RESPETARLE

Dios ordena a una mujer que respete a su marido. Este verbo significa «tener en alta estima, elevar». Está muy relacionado con el término «reverencia». Señoras, lo que su marido necesita y anhela más que cualquier otra cosa es respeto. Mientras que a usted le gusta escuchar «Te amo», los hombres queremos y necesitamos escuchar «Te respeto».

Sin respeto, los hombres se marchitan y mueren. Ya sé que algunas mujeres estarán objetando que sus maridos no son dignos de respeto, y luego trataremos ese tema. Pero quiero dejar claro que demostrar respeto a su marido no es algo optativo, de la misma manera que, para él, no es algo optativo amarla a usted con un amor semejante al de Cristo. Dios puede ordenar al esposo y a la esposa que manifiesten amor y respeto porque ambas cosas son un acto de la voluntad, una cuestión de obediencia.

La Biblia no nos da muchos datos concretos acerca de cómo una esposa debe manifestar su respeto a su marido. Pero sí tenemos un ejemplo claro en 1 Pedro 3:1-2, donde el apóstol escribió: «Asimismo vosotras, mujeres, estad sujetas a vuestros maridos; para que también los que no creen a la palabra, sean ganados sin palabra por la conducta de sus esposas, considerando vuestra conducta casta y respetuosa».

Aquí tenemos de nuevo, uno junto a otro, los dos conceptos de sumisión y respeto, del mismo modo

que aparecen en Efesios 5 (véanse vv. 22 y 33). Pedro respaldó a Pablo señalando que el modo primario en que una esposa respeta a su marido es por medio de su sumisión. Pero Pedro añadió una descripción importante del aspecto que tiene la sumisión respetuosa.

Pedro la definió como una «conducta casta y respetuosa», que básicamente implica la actitud santa de una esposa que puede llevar a un marido incrédulo a Cristo sin necesidad de predicarle, criticar sin cesar su estilo de vida o clavar versículos de la Biblia en su almohada por las noches. Una esposa respeta a su marido, incluso aunque él sea incrédulo, cuando se niega a intimidarlo o manipularlo para que haga lo que ella quiera.

El tipo de respeto del que habla la Biblia aquí es aquel que todos queremos recibir en el trabajo y por parte de nuestros amigos. Si su jefe estuviera todo el día encima de usted, diciéndole cómo hacer cada detalle de su trabajo, usted se cansaría mucho al ver que no respeta su inteligencia, y seguramente se marcharía de la empresa. Para que una esposa no critique o manipule a su esposo aunque tenga razón, hace falta que sienta respeto por él.

SOMETERSE A SU ESPOSO COMO SU IGUAL

En este punto, seguro que algunas mujeres objetarán que esto no es justo. «¿Por qué tengo que someterme a mi marido cuando yo tengo más estudios que él y apporto al hogar más dinero que él?» O: «Si yo no me ocupara de la casa, nadie haría nada. Soy mucho más fuerte y menos pasiva que mi marido».

Todas éstas son cuestiones que hay que abordar en un matrimonio, pero la doctrina bíblica de la sumisión no tiene nada que ver con la cantidad de dinero que una mujer aporta al hogar comparada con su marido, o quién tiene una personalidad más fuerte. Someterse significa reconocer que Dios ha dado a la mujer la señal de «Ceda el paso».

La sumisión tiene que ver con la función, no con la existencia. No quiere decir que una mujer sea inferior a su marido en términos de su dignidad ante Dios. Pedro ya trató este asunto cuando dijo a los maridos que considerasen a sus esposas como «coherederas de la gracia de la vida» (1 P. 3:7). Los hombres y las mujeres tienen el mismo valor a los ojos de Dios.

La sumisión tampoco significa que una esposa ha sido relegada a una posición inferior de servidumbre que niega sus dones y sus habilidades, dejándola frustrada. ¿Cómo podría ser así, si la sumisión es la voluntad de Dios?

La mujer descrita en Proverbios 31:10-31 no era una persona pasiva e insustancial que esperase que alguien le dijera qué hacer. Aquella mujer era impresionante. Tenía una maestría en administración de negocios, porque la Biblia dice que negociaba con mercaderes lejanos. Tenía su licencia de agente inmobiliaria, porque compraba y vendía propiedades. También gestionaba las finanzas de la familia, supervisaba a los criados y tenía su propio ministerio entre los pobres.

Pero en términos de su matrimonio, usaba sus habilidades considerables de tal manera que realzaban el

papel de su marido, en lugar de usurparlo o destruirlo. Proverbios 31:23 dice que su esposo era uno de los líderes de la ciudad, donde era bien conocido, lo cual sugiere que el ministerio de su esposa le beneficiaba.

La sumisión no significa que una esposa tenga que negar quién es. Pero cuando se han puesto todos los hechos sobre la mesa y hay que tomar una decisión, la esposa recibe la señal de «Ceda el paso». Puede que tenga las mismas cosas que ofrecer, y un marido sabio escuchará a su esposa sabia, pero él es quien tiene la responsabilidad de tomar la decisión.

Muchas esposas se preguntan con qué frecuencia es aplicable este mandamiento. Déjenme que cite Efesios 5:24 y luego lo analice: «Así que, como la iglesia está sujeta a Cristo, así también las casadas lo estén a sus maridos en todo».

La Biblia dice que las casadas deben estar sometidas a sus maridos en todas las áreas de la vida. El ejemplo es el sometimiento de la Iglesia a Cristo. De hecho, dos versículos antes leemos: «Las casadas estén sujetas a sus propios maridos, como al Señor» (v. 22).

**LA SUMISIÓN TIENE QUE VER
CON LA FUNCIÓN, NO CON LA
EXISTENCIA. NO QUIERE DECIR
QUE UNA MUJER SEA INFERIOR A
SU MARIDO EN TÉRMINOS DE SU
DIGNIDAD ANTE DIOS.**

Éste es un principio general, pero hemos de mencionar una excepción que puede darse en el matrimonio. Cuando un marido requiere que su esposa haga algo que es claramente contrario a la voluntad de Dios y que le haría deshonorar su relación con Cristo, entonces ella tiene el deber mayor de obedecer a Dios y no someterse a su esposo (véase Hch. 5:27-29 para una afirmación de este principio).

Los casos como éste refuerzan la verdad de que una esposa es igual a su marido en términos de su valor intrínseco para Dios. Cuando Dios se refiere a la sumisión, habla de la puesta en práctica de un programa ordenado por Él, que en este caso es el hogar. Un hogar no está destinado a funcionar con dos cabezas, como un cuerpo humano tampoco puede tenerlas.

Por cierto, el mayor ejemplo de sumisión en la práctica, por parte de seres iguales y para cumplir un programa divino no es el matrimonio, sino la propia Trinidad. Jesús dijo: «Yo y el Padre uno somos» (Jn. 10:30), pero durante su ministerio habló y actuó en sometimiento a su Padre (véanse Jn. 8:29; 12:49). Su sumisión al Padre también se subraya en 1 Corintios 11:3, que examinaremos luego.

Esposa cristiana, usted es igual a su marido porque ha sido creada a imagen de Dios, y ha sido objeto de su gracia salvadora. El sometimiento es un acto voluntario de obediencia a Dios por su parte, que no reduce en modo alguno el valor que usted tiene.

SOMETERSE A LA POSICIÓN DE LIDERAZGO DE SU MARIDO

La Biblia nos ofrece una analogía muy útil sobre cómo deben funcionar la sumisión y la autoridad dentro del matrimonio. La relación entre un marido y su esposa no es la que existe entre un señor y un esclavo (aunque algunas parejas piensen que lo es), sino la que hay entre una cabeza y un cuerpo.

El siguiente pasaje lo analizo en la guía asociada a este librito, la cual se titula *El matrimonio sí importa* y habla del pacto matrimonial, pero quiero abordarlo también ahora. Pablo escribió: «Pero quiero que sepáis que Cristo es la cabeza de todo varón, y el varón es la cabeza de la mujer, y Dios la cabeza de Cristo» (1 Co. 11:3). La misión de la cabeza consiste en proporcionar guía y dirección al cuerpo. La misión del cuerpo es seguir las indicaciones de la cabeza.

Si sus brazos o sus piernas empiezan a moverse independientemente de las señales que reciban de su cerebro, o rebelándose contra ellas, tendrá que acudir al médico, porque es un síntoma de una enfermedad física.

De la misma manera, una esposa que rehúsa seguir el liderazgo de su marido está enferma espiritualmente, porque no funciona según lo hace un cuerpo en relación con su cabeza. Siempre que un creyente funciona fuera del estándar divino, Dios no responde a esa persona, porque jamás participará en una rebelión ni la respaldará.

Algunas cristianas no ven respondidas sus ora-

ciones o no ven a Dios actuar en sus vidas, como resultado directo de su negativa a someterse a sus esposos. Algunos maridos no se atreven a adoptar el rol de liderazgo que les corresponde por derecho porque «están durmiendo con el enemigo». Están casados con mujeres que han decidido que su misión es descubrir en qué dirección quieren ir sus maridos, para ir en la dirección opuesta.

Este problema empezó en el huerto del Edén, cuando el diablo convenció a Eva de que actuase como la cabeza, y tomara la decisión de desobedecer a Dios, y Adán actuó como el cuerpo al seguir a Eva en su pecado. Pero Adán seguía teniendo la responsabilidad última como cabeza, aunque había renunciado a su autoridad, y la enfermedad del pecado se inoculó en el hombre. Pero no perdamos de vista que Satanás ideó un gran engaño, haciendo que Adán y Eva intercambiaran sus roles.

Al invertir los papeles en el matrimonio, se rompió una parte esencial del pacto matrimonial: la relativa a la jerarquía. En un pacto, como describo con mayor detalle en el libro guía *El matrimonio sí importa*, la jerarquía es el establecimiento de un orden determinado dentro de una relación de pacto; en otras palabras, una cadena de mando. Cuando esta faceta del pacto matrimonial se rompió entre Adán y Eva, el infierno se desató en la familia. Una mujer que quiere ser la cabeza de su hogar invita al diablo a controlar a su familia. Y el diablo ha conquistado muchos hogares porque la esposa se ha negado a

someterse a la autoridad bíblica y legítima de su marido. El resultado es la enfermedad espiritual y la disfunción.

Por lo tanto, una esposa debe mirar a su marido para buscar dirección, igual que un cuerpo depende de su cabeza. Pero Satanás hará todo lo que pueda para impedir que eso suceda en su casa. Meterá a personas en su vida que le dirán: «¡Estás loca si te sometes a ese hombre! ¡A mí nadie me va a decir lo que tengo que hacer!».

También encontrará numerosos recordatorios de que su esposo dista mucho de ser perfecto. Pero no me malentienda: esto no es ninguna excusa para que un marido justifique su fracaso a la hora de seguir a Dios e intentar ser todo lo que Dios quiere que sea. Pero aquí vemos un principio más amplio de jerarquía, que es que un esposo es la cabeza de su esposa por posición, aunque en la práctica no cumpla ese rol. Y Dios llama a la esposa a reconocer y honrar esa posición.

El problema es que solo queremos responder a la práctica de una persona, en lugar de a la posición de autoridad que ésta ostenta, porque creemos que la primera nos da permiso para rebelarnos. Así tenemos esposas que se niegan a someterse al liderazgo de sus maridos porque no creen que éstos sean dignos de su respeto.

Pero una esposa le debe respeto a su marido porque él es su cabeza, según el mandato divino. Ésta es su posición, y en la vida hay todo tipo de

situaciones en las que somos llamados a honrar y a servir a líderes que no cumplen su ideal.

Si los empleados solo trabajaran para jefes que fueran líderes ideales, en Estados Unidos habría mucho desempleo. Puede que su jefe sea un mal líder, pero aun así usted hace su trabajo y dice: «Sí, señor López», o «Sí, señora Santos», porque la empresa dice que usted debe reconocer la posición de su líder. Y la recompensa viene cuando recibe su cheque o, incluso, cuando consigue un ascenso.

Sé que algunas esposas cristianas se enfrentan al dilema de que yo llamo «intentar seguir a un vehículo estacionado». Es decir, que sus maridos no van a ninguna parte espiritualmente hablando. Dios entiende este trauma, y por eso la Biblia añade un corolario esencial para el mandato a las mujeres de que se sometan a sus esposos: «para que también los que no creen a la palabra, sean ganados sin palabra por la conducta de sus esposas» (1 P. 3:1).

Esposa cristiana, no piense que a Dios no le preocupa que su marido, que no es salvo o es débil espiritualmente, no mejore. Quiere que usted colabore en este proceso, pero no de la manera en que muchas mujeres creen que sus maridos necesitan ayuda. Dios no necesita que usted sea la crítica de su esposo, su conciencia ni su madre. Tampoco necesita que usted se sienta, se cruce de brazos y diga: «Muy bien, se acabó. No pienso hacer lo que se supone que debo hacer hasta que mi marido no haga lo que debe hacer».

Entonces, ¿quiere esto decir que una esposa no puede hacer ni decir nada para ayudar a su esposo a aceptar el rol que Dios le ha ordenado? Por supuesto que no. «Sin palabra» es una frase hecha que significa: «no le predique a su marido». No quiere decir que no pueda transmitirle sus inquietudes. La idea es evitar ese tipo de conversación insidiosa, condescendiente y crítica que puede hacer que un hombre se aleje más de Cristo.

**ESPOSA CRISTIANA, NO PIENSE
QUE A DIOS NO LE PREOCUPA QUE
SU MARIDO, QUE NO ES SALVO
O ES DÉBIL ESPIRITUALMENTE,
NO MEJORE.**

Todos conocemos a personas que son la prueba viviente de que años y años de criticar, acusar y aplastar a alguien usando la lengua no producen los cambios deseados. Dios dice que es el momento de introducir un enfoque distinto.

Para una esposa cristiana, este enfoque es «una conducta casta y respetuosa» que un marido pueda ver (1 P. 3:2). Ya vimos que el mejor ejemplo de esto es el sometimiento voluntario y comprometido de una esposa a su marido. Pero tenemos demasiados matrimonios, incluso en la Iglesia, en los que el marido no sabe qué pinta tiene esto, porque jamás lo ha visto.

Puede que una esposa objete: «¡Oh, no! Mi marido ha sido testigo de mucha sumisión, porque siempre cedo ante él». Bueno, aquí el problema puede estar en el adjetivo «respetuosa». Algunas mujeres adoptan la postura: «¡Oh, sí!, pienso someterme a mi marido, pero lo voy a arrastrar conmigo, haciendo que su vida sea lamentable».

Puede haber cien motivos por los que un esposo no cumple su papel como cabeza del hogar. Pero una esposa que se rebela contra su cabeza lo único que hace es introducir un nuevo elemento de enfermedad y de disfunción espiritual en su familia.

Antes hicimos referencia a un marido en esta situación como si fuera un vehículo estacionado. La verdad es que es difícil seguir a un automóvil parado. Pero hay dos formas de actuar frente a un auto que no se mueve. O bien se enoja y empieza a tocar la bocina, sacudiendo el puño frente al otro conductor, o puede descubrir cuál es el problema y contribuir a su solución.

Nunca he visto que un automóvil se ponga de repente en marcha simplemente porque el conductor que venía detrás se pusiera a echar humo por las orejas, gritando y tocando el claxon. Usted podrá practicar todo su vocabulario frente a un vehículo inmóvil, pero ninguno de los dos llegará a ninguna parte.

Lo que necesita un automóvil que está parado es alguien que le ayude a moverse. Eso es lo que Dios ha dado a los maridos bajo la forma de sus esposas. Dios llama a una esposa a que sea la ayuda

de su marido, para animarle en la labor de dirigir su matrimonio y su hogar.

Pero cuando una esposa decide convertirse en «ayuda dañina» en lugar de «ayuda idónea», los roles matrimoniales se invierten y el enemigo siembra el caos espiritual en el hogar. Incluso las esposas bien intencionadas pueden hacer daño al criticar a sus esposos y quejarse de ellos. Y durante ese proceso, obstaculizan el camino hacia el resultado positivo que intentan alcanzar.

Realmente creo que hay esposas cristianas que necesitan ir a sus maridos y decir algo así: «Siento haberte faltado al respeto, y hablarte mal delante de los niños. No he querido servirte del modo que Dios espera, y he usado tus debilidades como excusa para no someterme a tu liderazgo».

Ha pasado mucho tiempo para algunos maridos desde que han recibido de sus mujeres un mensaje amable, que les asegure que están haciendo algo bien. Puede que usted diga: «Le felicitaría si hiciera algo bien». Bueno, pues al menos una cosa sí hizo bien: ¡se casó con usted!

Las mujeres que no creen de verdad que Dios puede cambiar a sus maridos por medio de la obra del Espíritu Santo imaginan que ahora es trabajo suyo, de modo que piensan ayudar a Dios. A medida que avancemos por 1 Pedro 3 veremos que son muchas las cosas que puede hacer una mujer para influir en su marido. Por lo tanto, no se preocupe por tener que ser invisible o un mero adorno en su matrimonio.

¿Ha visto volar a las águilas? Se las conoce porque se remontan y planean cuando sus alas atrapan el viento. Pero, ¿sabía que si las águilas no supieran remontarse, se estrellarían? Sus alas son demasiado pesadas para que las agiten constantemente como hacen muchas aves. Por lo tanto, las águilas aletean hasta que atrapan una corriente de aire, y entonces se remontan.

Hay muchas esposas que se están esforzando muchísimo para hacer que funcionen sus matrimonios, pero no pueden soportar el peso de su tarea, y se estrellan. Dios dice: «Quiero que se remonten con el viento del Espíritu Santo. Sitúense en mí, y permitan que yo haga planear su matrimonio hacia una relación cambiada». Cuando lo haga al estilo de Dios, no tendrá que aletear, porque podrá remontarse.

